

“Evangelizar y educar” Los jesuitas de la Centroamérica colonial

Jesús M. Sariego*

Introducción

Tres épocas marcan la presencia de los jesuitas en América Central. La primera, *la etapa colonial*, de la que nos ocupamos en estas líneas, va desde 1575 (fecha del primer establecimiento de una comunidad jesuita en Panamá) hasta la expulsión decretada por la Pragmática Sanción de Carlos III en 1767. La segunda, *la época moderna*, aunque iniciada con la llegada de dos capellanes jesuitas como integrantes de una expedición de emigrantes belgas en las costas atlánticas de Guatemala en 1843¹, se consolida a partir de mayo de 1851, cuando los expulsos de la Nueva Granada se establecen en la ciudad Guatemala. Desde allí se extienden a Nicaragua, El Salvador y Costa Rica hasta que, a fines de 1885, son desterrados de todo el Istmo por los Gobiernos liberales². La tercera época, que podríamos llamar *contemporánea*, se inicia con la Misión dependiente de los jesuitas mexicanos de 1914 en Nicaragua y El Salvador, convertida en 1937 en Viceprovincia de Centroamérica, primero dependiente de Castilla y, desde 1958, independiente. En 1976, Pedro Arrupe erige la Provincia jesuítica de Centroamérica, a la que en 1979 se agrega la antigua Misión de Honduras perteneciente a la Provincia de Missouri.

A lo largo de todo el período colonial, dos fueron los grandes sueños apostólicos de los jesuitas que vivieron en América Central: *evangelizar y educar*. Eran la realización concreta de una espiritualidad que buscaba

* Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

1. Fabri, Joseph. *Les belges au Guatemala (1840-1845)*, Academie Royale des Sciences Coloniales. Classe des Sciences Morales et Politiques, Bruxelles: Editions J. Duculot, 1955.
2. De esta etapa se ocupa el P. Rafael Pérez en su obra *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su Restauración.*, 3 vols. Imp. Luis N. de Gaviria, Valladolid, 1896-97.

“en todo amar y servir” en el ambiente cambiante de un Nuevo Mundo y que cristalizó en el trabajo pastoral urbano, la evangelización del mundo indígena y las actividades educativas de los jesuitas, tema aún poco estudiado tanto por los historiadores de la cultura en Centroamérica como por los expertos en la historia de la Compañía de Jesús

1. Los jesuitas centroamericanos de la Colonia

La Centroamérica colonial se emparentó desde muy pronto con la Compañía de Jesús, no solo debido a hechos fortuitos, como la presencia y el fallecimiento de uno de los hermanos de S. Ignacio, Hernando de Loyola, en la conquista del Darién³, o el nombramiento de otro familiar más lejano, Pablo de Loyola, como gobernador de Nicaragua, sino, mucho más, por la posición estratégica que las tierras centroamericanas representaban dentro del primer proyecto misional jesuítico.

Desde la primera aventura misionera en las costas de la Florida durante el generalato de Francisco de Borja, existió el deseo de organizar, desde algún lugar del Reino de Guatemala, una base para la difícil evangelización de las Antillas, deseo que parecía hacerse realidad cuando, nombrado gobernador de Honduras, Juan de Vargas y Carvajal solicitó de Borja la asignación de un grupo de jesuitas para su expedición⁴. Más tarde, cuando al fin se logró fletar la primera expedición a Lima en 1565, en los planes de Borja estaba instalar una residencia en Panamá que poco a poco se fuera convirtiendo en colegio, ya que la ciudad resultaba paso obligado de viajeros y riquezas hacia y desde el Virreinato del Perú.

Ruiz de Portillo, superior de la primera expedición, llegó a considerar incluso que, por su ubicación estratégica, Panamá sería el lugar ideal para establecer la residencia del provincial del Perú⁵.

Antes de la expulsión de 1767, los jesuitas concentraron su trabajo en dos lugares, Panamá y Guatemala (hoy Antigua Guatemala), desde los que realizaron diversas correrías apostólicas y expediciones misioneras en la región centroamericana. Por Panamá pasaron los jesuitas, por primera vez, en 1567. Diez años después y a petición del Cabildo municipal, establecieron un incipiente colegio al que años más tarde se anexaría la Universidad de San Javier. Tras el envío de dos misiones itinerantes desde Oaxaca, los jesuitas terminarían estableciéndose también en Guatemala y organizaron sus actividades docentes, desde 1606, en el Colegio de San Lucas al que unirían el internado San Francisco de Borja desde 1699.

Además de estos dos centros educativos, los jesuitas tuvieron una breve experiencia docente en dos lugares de Nicaragua. En Granada, tras una breve misión de los PP. Contreras y Blas Hernández en 1619, se estableció un pequeño colegio de primeras letras y gramática que, por falta de una dotación consistente, fue pronto abandonado. Algo parecido ocurrió en 1621 en la villa de El Realejo donde con frecuencia misionaban los jesuitas desde Granada, para corresponder a las constantes súplicas del cura de la villa, D. Antonio de Grijalva, pero la distancia de este puesto y la falta de ayuda económica determinaron que la Compañía abandonase el lugar en 1625⁶.

3. Mateos, F., “Los Loyola en América II”, *Razón y Fe*, 154, Madrid, 1956, págs 154-176. Fernández Martín, L., “Parientes próximos de San Ignacio de Loyola”, en *Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián*, 1982, pp 379-385.
4. Mateos, F., “Un intento de Misión en Honduras”, *Missionalia Hispánica*, 2, año II, núm. 4, 1945, pp. 377-384.
5. Egaña, A. de (Ed.), *Monumenta Peruana, I. (1565-1575)* Monumenta Historica Societatis Iesu, Roma, 1954, pp 180 y ss.
6. Alegre, Francisco J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Biblioteca Instituto S.I. Roma: Ed. Burrus – Zubillaga, 1956-1960, tomo II. pág. 133.

Por formar parte de dos circunscripciones jesuitas diferentes, los jesuitas de Panamá y Guatemala no establecieron vínculos entre sí durante el período colonial. Perteneciente primero al Virreinato del Perú, después al del Nuevo Reino y más tarde a la Real Audiencia de Quito, Panamá jesuíticamente fue parte de las Provincias del Perú, Nuevo Reino de Granada y Quito⁷ sucesivamente. Los jesuitas de Guatemala, por su parte, junto con los del colegio de Chiapas constituían el final de la avanzadilla sur de la Provincia jesuítica de Nueva España o México.

Para hacerse una idea somera acerca de la presencia jesuítica en Centroamérica, bastará decir que, en poco más de 150 años que separan la llegada de la Compañía al istmo centroamericano de la expulsión de 1767, algo más de 600 jesuitas trabajaron en Centroamérica, entendiéndose por tal el territorio que desde Guatemala a Panamá actualmente conforma la Provincia jesuita de Centroamérica. Muchos de esos jesuitas habían nacido en España, Italia, Alemania y Flandes. Pero también una buena parte de ellos eran centroamericanos, mexicanos, colombianos, ecuatorianos y peruanos⁸.

A partir de los datos que arrojan los catálogos que se conservan en los archivos romanos de la Compañía, nos consta que, durante el período reseñado, algo más de 150 jesuitas fueron nacidos en Centroamérica. Los encontramos trabajando dentro y fuera de esta región en toda la gama de activi-

dades apostólicas propias de la Compañía de la época. Unos fueron famosos misioneros en el Marañón (“las misiones de Maynas”), como los Padres Troyano, Cáceres o Agustín Hurtado, martirizado en la tierra de los Gayes. Otros trabajaron en las misiones del noroeste mexicano, como el P. Idiáquez, hondureño, el P. Pereira, nicaragüense, o el P. José García, guatemalteco. Unos ejercieron su labor misionera en la Tarahumara, otros en Chihuahua o en el Nayarit. Probablemente, el más renombrado de todos ellos sea el guatemalteco Juan de Monsalve, que llegó a ser uno de los grandes expertos en las lenguas indígenas entre los tepehuanes. La gran aventura misionera de los jesuitas en la Península de California cuenta entre sus grandes nombres con el del P. Juan de Ugarte, natural de Tegucigalpa⁹; y hasta las Filipinas, entonces territorio apostólico de la Provincia Mexicana, llegó la presencia del P. Antonio Arias, guatemalteco.

Por lo que se refiere el mundo de la cultura y la educación universitaria, habría que subrayar, entre los catedráticos de la universidad jesuita de Quito, a los profesores panameños José Ignacio Delgado, Esteban Ferriol y Juan Giraldo¹⁰. En el colegio Máximo, de México, explicaron materias filosóficas o teológicas el salvadoreño Bartolomé Cañas, el hondureño Cerón y los guatemaltecos Lugo, Oviedo, Ramírez, Sumpsin y Villalta¹¹. En los días de la expulsión, ocupaban puestos de dirección en los colegios de la Compañía varios jesuitas centroamericanos, como el

7. Jouanen, José. *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito 1570-1774*. 2 tomos, Quito: Editorial Ecuatoriana, 1941-1942.
8. Zambrano, F., Gutiérrez Casillas, J., *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, Tomos I - XVI. Siglos XVI y XVII (1566-1699), México, 1966-1977. Vargas Ugarte, R., *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. 3 vols. Burgos, 1963-1965.
9. Villavicencio, J. J., *Vida y virtudes de el venerable y apostólico padre Juan de Ugarte de la Compañía de Jesús, misionero de las Islas Californias y uno de sus primeros conquistadores. Escrita por el Padre J. J. de V. de la misma Compañía*, México: en la imprenta del real y más antiguo Colegio de San Ildefonso. Año de 1752.
10. Sánchez Astudillo, M., *Textos de catedráticos jesuitas en Quito colonial. Estudios y bibliografía. Archivo Nacional de Historia*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
11. Vargas Alquicira, S., *La singularidad novohispana en los jesuitas del siglo XVIII*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

guatemalteco Cayetano Cortés, entonces rector del colegio de Puebla, el granadino Faustino Vega, rector del colegio de San Luis Potosí, el también nicaragüense Jorge Vidaurre profesor del Colegio de Guanajuato y el guatemalteco José Zepeda que enseñaba en el colegio de La Habana. No faltaron los artistas como el Hermano coadjutor panameño Hernando de la Cruz, que ornó con sus cuadros la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito.

Pero no solo en las misiones y en la enseñanza se hicieron presentes los jesuitas centroamericanos; también ocuparon cargos de responsabilidad como procuradores en Roma y hasta provinciales, como Juan A. de Oviedo, Alfonso de Arrivillaga, Francisco de Arteaga y Juan de Estrada.

La Compañía centroamericana no se eclipsó con la expulsión decretada por Carlos III. En los días del exilio, en los territorios pontificios italianos alcanzaron celebridad por su labor intelectual, entre otros, el hondureño Lino Fábregas, experto traductor del famoso código maya Borjiano; y sobre todo, quien ha dado nombre a toda una generación de poetas y latinistas, el guatemalteco Rafael Landívar, cuya *Rusticatio mexicana* —más guatemalteca que mexicana— salía a la luz en dos ediciones, en Módena y Bolonia, en 1782.

Para hacer honor a la verdad, a esta larga lista de jesuitas afamados habría que añadir la de tantos alumnos que pasaron por las aulas de San Javier, San Lucas o San Borja: eclesiásticos y laicos que ocuparon puestos claves en la sociedad centroamericana de la época como obispos, miembros del clero o de la vida religiosa, oidores de los cabildos, fiscales de las Audiencias, comisarios del Tribunal de la Inquisición, escribanos mayores, cronistas, literatos y funcionarios o profesores universitarios en quienes la huella de la educación jesuita marcó una historia.

Por ello, nada nos debe extrañar que, cuando después de casi un siglo de ausencia de la Compañía en América Central —el siglo perdido para la cultura de que hablaba Magnus Mörner—, tanto los cabildos de Guatemala como los de Nicaragua y Panamá solicitaran el pronto regreso de los jesuitas a las tierras centroamericanas para volver a ser evangelizadores del pueblo y educadores de la juventud.

2. Las labores evangelizadoras

Atentos a las necesidades pastorales de las mayorías, desde su llegada tanto a Panamá como a Guatemala, los jesuitas orientaron sus primeros esfuerzos hacia el trabajo apostólico directo con la población imprimiéndole el sello propio de su espiritualidad.

En Panamá, ya en el paso de la primera expedición en enero de 1568, gracias a sus sermones, los jesuitas lograron que se fundara un hospital en Nombre de Dios para tantos enfermos, transeúntes y sin hogar como recorrían el camino desde Europa hacia América del Sur atravesando Panamá. Y más tarde, en 1577, el primer grupo que se establecerá en Panamá, acude precisamente como capellanes de una pequeña Armada que se enviaba para combatir a los piratas establecidos en las montañas de Bayano.

Ubicados al fin en la ciudad de Panamá, los primeros jesuitas se dedicaron por entero a las labores de la predicación, los sacramentos, catequización, atención a enfermos¹² y presos, tareas que se incrementaron a partir de la llegada del P. Juan de Baena. En una primera época en que no contaban con iglesia propia, utilizaron las plazas y, con frecuencia, la catedral de la ciudad, hasta que en 1609 lograron inaugurar la primera iglesia dedicada a San Ignacio. Desde 1584, un grupo permanente se estableció en la Residencia de Panamá y el

12. En la peste de 1652, murieron los PP. Diego de Herrera y Nicolás Cordero. En la gran peste y epidemia posterior de 1696, toda la comunidad jesuita pereció, exceptuando al rector P. Miguel Cortés.

servicio se incrementó. Temas frecuentes de las predicaciones de los jesuitas, en una ciudad cuya riqueza provenía del comercio, era los de la usura, los grandes principios morales y las condiciones justas de los tratos comerciales.

Pero de entre todos estos primeros trabajos pastorales, tal vez el más digno de reseñar haya sido su labor con la población africana que llegaba de modo permanente a Panamá. A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares de América donde los jesuitas se dedicaron de lleno al mundo indígena, en la ciudad Panamá el centro de atención fue la población negra, incluso *los cimarrones* que en las áreas de Chepo y el Bayano buscaban escapar del control de sus amos blancos. Conviene recordar que, para fines del siglo XVI, habitaban en la ciudad de Panamá cerca de 12 000 emigrantes africanos. Como dice uno de los primeros jesuitas establecidos en la ciudad, "*Panamá no parecía ciudad de las Indias; más parecía un pueblo de Etiopía*"¹³.

Se puede decir con verdad que para los jesuitas de la América española, Panamá fue la primera escuela de aprendizaje en la pastoral afroamericana, que posteriormente perfeccionarían en los puestos misioneros de la costa colombiana, como Cartagena. El modelo básico consistió en fundar congregaciones específicamente organizadas para la población negra. Las *Congregaciones Marianas*, surgidas ya en tiempo de Ignacio, eran la estructura básica de pertenencia de los laicos al carisma ignaciano. Cuantas se iban fundando posteriormente se anexaban a la "*Prima Primera*" establecida en Roma. En Panamá, se llegaron a fundar dos congregaciones para los esclavos negros, la de *San Salvador* y la del *Santísimo Sacramento* en 1616. En la mañana de los domingos, en los diversos barrios se organizaba la catequesis y procesiones que en la tarde, después de recorrer las principales iglesias de la ciudad, confluían con todo ceremonial en una celebración de la eucaristía espe-

cialmente organizada con cantos, actuaciones teatrales, motivos, y adornos propios. Nueve grandes fiestas estaban establecidas para los congregantes a lo largo del año coincidiendo con la celebración de fechas marianas, y estas se hacían preceder de novenas. La fama que alcanzaron las "*congregaciones de morenos*" hizo incluso que sus amos pidieran a los jesuitas instituir asociaciones similares para ellos.

Al trabajo urbano, pronto añadieron los jesuitas panameños el de las misiones itinerantes en el interior del territorio. Las primeras misiones tuvieron lugar en el puerto de Nombre de Dios trasladado a Portobelo desde 1596 y aprovechando los meses de la llegada de las flotas de España que era época en la que se concentraban mercaderes, funcionarios y viajeros. Las Cartas Anuas nos relatan con frecuencia las circunstancias de dichas misiones, así como las realizadas periódicamente por los jesuitas en la Villa de Los Santos, la ciudad de Natá de los Caballeros, Utivá, Santiago de Veraguas, el presidio de Chepo o el pueblo nuevo de Atalaya.

Desde los pueblos del interior, los jesuitas dieron el salto a la evangelización en el mundo indígena. La primera experiencia debió tener lugar desde 1606, cuando el Obispo Antonio Calderón pidió a los jesuitas que le acompañaran en su visita pastoral en la que llegó hasta el Valle de la Luna, S. Pablo del Platanar, S. Pedro de Aspátara, Santiago de Guavalá y S. Félix, en las actuales provincias de Chiriquí y Veraguas, en territorios guaimíes. Aunque la comunidad establecida hubo de cerrarse, años después, en 1700, un jesuita panameño, el P. Esteban Ferriol, se internó en el territorio de los *guaymies, vorasques y changuines*, y tras estudiar su lengua, logró reunir varias poblaciones, en una de las cuales murió en 1747. Juan de Aspergalo y Lucas Portolani continuaron los trabajos de esta misión activa hasta el momento de la expulsión de 1767.

13. *Monumenta Peruana*, III, pág. 281.